

RÉQUIEM POR UNA REVISTA

Carlos Villar Flor

“Hasta aquí la historia de una publicación que nació con vocación de pistacho pasomando por la entrepiera de una musa”. Con estas palabras se despedía recientemente una de las revistas literarias independientes más emblemáticas del panorama hispano, *La bolsa de pipas*, después de ciento tres números y veintidós años de singladura. Su director, Román Piña Valls, le echa la culpa, si no al boggie, a “un gintonic que (l)e dieron este verano en una piscina”, a haber cumplido los cincuenta, o a ambas cosas.

Desde que conozco *La bolsa de pipas* he sentido una especial hermandad entre ella y *Fábula*, y creo que en alguna medida era un sentimiento recíproco. Supongo que nos reconocíamos como últimos mohicanos de una tribu en extinción, caracterizada entre otros rasgos por una querencia sentimental por el papel, la independencia respecto a los circuitos comerciales, políticos, ideológicos o tribales, y la apertura a cualquiera que nos demostrara un mínimo de calidad en el arte de juntar palabras.

“Las revistas literarias no venden”, me declaró hace no mucho un librero al que quise arrancar una colaboración. Ya lo sabía, nuestros veinte años largos de trayectoria me lo habían enseñado. El mercado editorial se apoya en el nombre —nombre que se crea, se infla o se destruye

a partir de una trayectoria, pero también mediante campañas, apoyo mediático, farándula...— y revistas como las nuestras presentan habitualmente unos índices de autores que nada aportan a Baccells S.A. u otras agencias literarias de nivel.

Además, nuestros limitadísimos canales de distribución no pueden competir con la difusión —si bien indiscriminada— que se puede alcanzar por internet. Si nuestras revistas existen para dar voz a autores desconocidos, a menudo estos prefieren abrir sus propios blogs y difundir sus creaciones por el ciberespacio. La necesidad crea el medio, y no es infrecuente que un autor que busca lectores compagine la autopublicación virtual con el envío indiscriminado de los mismos escritos a publicaciones que acepten originales, desoyendo a veces la mínima condición de ser inéditos que les exigimos.

También, supongo, es posible que *La bolsa de pipas* se cansara de la escasa acogida que acompaña a nuestras criaturas de papel. Cada nuevo número supone para sus creadores un parto feliz, aunque no está exento de varios dolores de ídem. Sin embargo, la prensa cultural no vibra demasiado en esta onda, y suele dedicar, en el mejor de los casos, unas breves líneas a cada alumbramiento, cuando no el más absoluto vacío. En lo que respecta a lectores, en *Fábula* solemos resumir el concepto de público ideal al que nos

dirigimos con la expresión: “para escritores que leen, para lectores que escriben”. Pero lo cierto es que no todos los escritores leen, o al menos no a los de su segmento de popularidad; y que los lectores suelen preferir nombres más sonoros, más previsibles (también en el mejor de los sentidos), o material menos heterogéneo o del que tengan información previa.

Con todo, una revista como las nuestras aún puede llegar a ser la bendita hoja de Forrest Gump, que vuela mecida por el viento hasta caer en las manos adecuadas. Así, siguen sucediendo milagritos como el de ese lector norteamericano que se siente tocado por unos versos de *Fábula* 37 y nos pide permiso para traducirlos y publicarlos en inglés. Como buen ser vivo, una revista es imprevisible. No sé sabe dónde puede acabar y el efecto revitalizante que puede tener para un individuo o una colectividad.

Concluyamos este réquiem en memoria de una revista hermana. También como buen ser vivo, tras el nacimiento, crecimiento y eventual reproducción, una revista muere. “No olviden echarnos de menos”, pide su director al final de la despedida. Y créeme, amigo Román, que desde aquí algunos ya lo hacemos.

